

ESTRICTAMENTE PERSONAL

He seldom makes mistakes" ("raramente comete errores"), decía hace poco el *Financial Times* de este barcelonés nacido en 1926 que lleva 17 años presidiendo el Banco Popular Español. Luis Valls Taberner tiene, entre sus colegas de la banca, fama de prudente. En el círculo de los *siete grandes*, donde su banco ocupa el último lugar por la importancia de los depósitos pero el primero, o uno de los primeros, por los beneficios que obtiene, le adjudican, por su forma de actuar, el calificativo de *florentino*.

"Paso por florentino porque no soy excesivamente directo en la relación con los demás", me dice cuando le pregunto qué significa para él ese calificativo y cómo se lo toma. Me explica que es un gran lector de Maquiavelo, y sobre todo, de Maquiavelo acotado por Napoleón. Me habla del libro de un autor inglés, Anthony Jay, que aplicó las teorías de Maquiavelo a la dirección de empresas. Y también de un famoso tratadista británico de la estrategia militar, el capitán Liddell Hart, al que ha leído mucho. Según Hart, las batallas frontales se han perdido siempre y las victorias se han obtenido siempre aplicando el método de la *aproximación indirecta*.

Observo lo bien que lo pasa consigo mismo Luis Valls, lo que disfruta planeando sus batallas bancarias, amurallando su ciudadela contra los ataques de los tiburones, ocupándose personalmente de las reclamaciones de los clientes y de los problemas de los empleados del banco. Hace todas estas guerras y otras muchas más con un aire nada beligerante. Lleva su elevada estatura con cierto porte principesco; habla un castellano elegante de muchos años de vida en Madrid pero que conserva un deje inconfundible de Diagonal barcelonesa y propapia textil. Lejos de aparecer como el dinámico banquero que es desde hace más de 30 años, pues fue nombrado vicepresidente ejecutivo del Popular ya en 1957, luce una notabilísima disponibilidad para la charla distendida, en parte, supongo, por el gusto de la conversación, en parte también, por el innato horror a parecer "un señor muy ocupado".

Si tuviera que decir cuál me parece el rasgo dominante de esta persona quizá insistiría en la capacidad que muestra de combinar la seriedad y solvencia moral que ha de tener un banquero con la ironía y el sentido del humor de quien puede permitirse el lujo de perder el tiempo en una charla intrascendente. La clave está quizá en que Luis Valls Taberner no es hombre apresurado. Tiene trabajo pero no prisa. Y esto le da muy buen resultado. Él mismo me contaba que, no hace mucho, un banquero alemán le decía: "Usted no sabe la cantidad de dinero que hemos ganado por no tener prisa".

En la planta noble del edificio Beatriz, donde tiene su despacho, hay una imagen que no podría encontrar mejor acomodo que en este lugar. Es la Virgen de la Sonrisa, advocación toledana. Por eso Valls sonríe siempre, hasta cuando Ruiz-Mateos le llama "sinvergüenza" y, en lugar de enfadarse, él replica que el empresario del *holding* de la abeja "es un fresco". Guarda su agresividad para el juego del *squash*, que practica en un cuarto contiguo a su mismo despacho, para el tenis porque, dice, "como no puedo ir pegando a la gente, le pego a la pelota y esto me descarga". Se da también largos paseos, a veces *paseos de trabajo*, en su vasto despacho o en su retiro segoviano los fines de semana.

Hijo de un catedrático de Historia, Fernando Valls, que fue diputado en las Cortes de la República y que había sido profesor de don Juan de Borbón siendo éste príncipe de Asturias, Luis Valls se licenció en Derecho en la universidad de Barcelona, doctorándose después en Madrid en 1948. Desde 1953 trabajó en el Banco Popular. Fundó FACES, la entidad compradora del

diario *Madrid*, y perteneció al consejo privado de don Juan de Borbón. Le gusta alardear del triple título de "escritor, banquero y doctor en Derecho". Aunque se dedica plenamente a la banca, suele escribir artículos, cuando se los piden, y asegura que su gran *hobby* es el periodismo.

Charlando con él, se hace difícil recordar que su condición de numerario del Opus Dei hace de él un *monje en el siglo*. Le pregunto cómo se las arregla para combinar su mundanidad de presidente, con constantes almuerzos, recepciones y cenas, con su vida religiosa. Me contesta con una imagen sorprendente: "Cuando un constructor de ferrocarriles vio que, por mucho que cerrase las ranuras, seguía entrando el aire en los vagones, lo que hizo fue elevar la tensión del interior del tren. De esta manera consiguió que el polvo no se metiera en los compartimientos".

En lo personal veo a Luis Valls Taberner como un hombre perfectamente blindado, encerrado en algo parecido a una cámara acorazada, pero que presta, sin embargo, una exquisita atención a la *armonía social*. Colecciona libros de urbanidad y sabe mucho de cómo comportarse (también colecciona auges y ocasos de imperios históricos), y cree que en el mundo todo es cuestión de comportamientos. Lee con frecuencia a Maquiavelo, a Montesquieu, a los clásicos españoles y a los autores chinos antiguos, en los que aprendió, dice, "a distinguir lo lógico de lo real".

"Me gusta más influir que mandar", me dice, y no me sorprende, sino que me confirma la definición que de él vengo haciendo hace rato. Se lo digo y se ríe: Luis Valls Taberner es su propia eminencia gris. ■

LUIS VALLS TABERNER